

Juan Tovar

Árbol de la vida

A Juan Elías

Si alguna vez dije sí
desde la última fibra de ser
quien soy; si fui sincero
una vez en mi vida, y quise aún
la luz de este mundo, la carne
y la sangre, su laberinto de sueños
donde uno se esconde de uno mismo
y se hace otro, la voluntad ajena
que a ciegas guía, y quiere lo que quiere,
y sueña que se sueña y se habla
y de pronto se escucha y todo fue,
se dice, perderme para hallarme
de nuevo aquí en este sitio
contigo, contándote un cuento
del árbol que el hombre plantó en medio del día;
si estamos, si somos, si el nombre
es el nombre, eres libre ahora y siempre,
tuyo es el reino y siempre es ahora,
así los tiempos confundan los espacios
y el olvido adormezca la razón:

Duran el trueno y el viento,
dura la higuera, dura su madera,
madura el fruto y a la hora viene
a caer en la mano del hijo del hombre
y saciar su sed de siglos —oh dulce
vampiro que se sangra y nos desangra,
nos devora al devorarlo, nos devasta
como el leñador al bosque, nos desbasta
recordando a su padre el carpintero
que cepillaba el tronco y le decía:

Hijo, todos somos monstruos.
La vida nos hace así.
Siendo lo mismo seremos al cabo
queridos extraños. Nadie
es más para nadie en esta tierra.
Digo que nunca nos conocemos
y el único chance es de querernos.
Quiérete mucho, porque yo te quiero
más que a mi vida y a mi muerte. ◇